BIBLIOGRAFIA

ENSAYO SOBRE UNA CLASIFICACION DE LAS CIENCIAS

Por el Licenciado

RAMON MANTEROLA.

("La Epoca," Tomo I, Núm. 284)

I

CENSURAR una obra artística ó literaria, es tarea relativamente fácil, mucho más si se examina sólo en sus detalles, y sin fijarse en el enlace de éstos ni en la idea capital que encierra toda la obra; pero formular un verdadero juicio crítico sobre un trabajo de arte ó letras, examinándolo en su conjunto como en sus pormenores y considerando éstos, menos que en sí mismos en sus relaciones con el pensamiento que parece haber presidido á la inspiración del autor; señalar con igual

ó mayor prolijidad los méritos que los defectos de la obra, y fundar, sobre todo, el juicio formado, en razones evidentes ó en principios incontrovertibles, es sin duda alguna, empresa tan dificultosa y meritoria que, si se ejecuta en conciencia, la gloria del crítico no debe ceder en mucho á la del autor de mayor mérito y talento. Desgraciadamente críticos de esa especie son muy raros, pues si sobran los Zoilos, no abundan por cierto los Aristarcos. Y si es grande la dificultad de la crítica en asuntos artísticos ó literarios, todavía es mucho mayor cuando se trata de hacer la de un libro del orden filosófico, puesto que, en materia de belleza puede haber un criterio común á todas las personas cultas, no obstante el conocido proloquio de que "sobre gustos no hay nada escrito;" mas no existe por desgracia ninguno que lleve el acuerdo entre los pensadores de diferentes escuelas, ya que cada una posee su criterio, su punto de vista especial, que le sirve de base para juzgar de los sistemas que más difieren unos de otros, así en sus principios como en sus resultados. En tal caso, la imparcialidad es casi imposible, salvo en quien nunca se haya afiliado en alguno de los diversos bandos filosóficos, pues quien ya pertenece á una escuela, desde ella quiere, y es natural que así lo haga, calificar las opiniones filosóficas de los demás.

Estas reflexiones, que se nos vienen á la mente al tomar la pluma con el fin de ocuparnos del "Ensayo filosófico" que acaba de publicar el Lic. Ramón Manterola, nos quitan por completo la intención de

escribir un juicio crítico acerca de él. Juzgado ese libro bajo el punto de vista de una escuela especial, tiene forzosamente que hallársele un gran número de defectos, supuesto que, aunque en algunas de las opiniones que sostiene va de acuerdo, ya con el positivismo ya con la metafísica espiritualista ó con el materialismo, en otras se separa más ó menos profundamente de esos sistemas, siguiendo un eclecticismo que no puede parecer aceptable á los partidarios ardientes y exclusivistas de alguno de aquellos. El autor no debe, pues, extrañar que los escritores que se han ocupado de su obra, si bien elogiándola en términos generales, hayan declarado en su mayor parte, que difieren más ó menos de su parecer, en varias de las cuestiones que ella toca. Es natural que un positivista, ó un metafísico de los que sostienen el conocimiento de la verdad absoluta, encuentren poco satisfactorio un sistema que se propone huir de las exageraciones y del exclusivismo de las escuelas, y que ha tenido por lo mismo que combatirlas todas. Ahora bien, quien quiera que se haya consagrado en nuestros tiempos á estudios filosóficos, es natural que se haya inclinado á una ú otra escuela, á menos de que se haya formado, como el autor de la obra de que tratamos, un sistema particular.

De aquí resulta en todo caso, que las únicas personas que con mayor imparcialidad pueden calificar un sistema nuevo de filosofía, son, por desgracia, las que no habiendo cultivado esa clase de estudios,

pueden considerarse como las menos competentes para semejante calificación. Ese es, fuera de nuestra notoria insuficiencia, uno de los motivos que nos impelen á abstenernos de formular un juicio crítico sobre la obra del Lic. Manterola. Esto no obstante, nos proponemos consagrarle más de un artículo, no para juzgarla, pero sí para dar á conocer, según los hemos comprendido, los principios fundamentales en que se apoya. Cualesquiera que sean las opiniones filosóficas que uno profese, debe siempre ver con atención las nuevas ideas que sobre el particular se emitan, pues uno de los méritos que á esos estudios pueda atribuirse, es el de que constituyen una especie de gimnástica intelectual, y con ese carácter tienen que producir verdadera utilidad á toda persona que quiere y sabe hacer buen uso de su entendimiento. Por otra parte, dirigir la curiosidad de los pensadores hacia un nuevo sistema filosófico, es rendir un tributo de justicia al autor, que, para elaborarlo, ha tenido que emplear no escasos estudios y vigilias, y es también prestar acaso, un servicio á las personas que no afiliadas aún en ninguna escuela, pueden tal vez encontrar en aquel un punto de mira digno de su atención. Es indudable que si un nuevo sistema filosófico no ha convertido, sino por excepción, á filósofos pertenecientes á escuelas que aquel difieren, en cambio, hace ó puede hacer prosélitos, entre las personas que aún no tienen formada opinión acerca de las cuestiones que él abraza. Mas para que esto sea posible, se necesita ante todo,

que estas personas lo conozcan y como es difícil que las que no se han consagrado á tales estudios emprendan desde luego la lectura de un libro serio y que *à priori* califican de ininteligible por su materia, aún dejando aparte el concepto que tengan del autor, hacer y publicar un extracto concienzudo de la obra, es prestar á ésta y á aquellas un pequeño servicio. Tal es el objeto que nos hemos propuesto llenar en lo posible respecto del Ensayo del Sr. Manterola, y para hacerlo con más seguridad, hemos sometido nuestro trabajo á la consideración del mismo autor.

Siendo como es, muy buen amigo nuestro, nos abstendremos de consagrarle elogios ni censuras: queremos solo, como él mismo lo desea, que se le juzgue por su obra y, únicamente diremos en general, respecto de ésta, repitiendo lo que en otros periódicos se ha dicho, que ella es el resultado de serios estudios y profundas convicciones, y que tiene, cuando menos, el indisputable mérito de ser la primera que de su género se ha publicado en nuestro país, y acaso en América. En cuanto á si las ideas que encierra presentan algún interés y novedad, el lector podrá juzgarlo leyendo la obra misma, ó siquiera la breve exposición que vamos á hacer de sus principios y conclusiones capitales.

II

("La Epoca, "Tomo I, Núm. 288.)

Hacer una clasificación de las ciencias, es intentar definir lo que cabe dentro de la inteligencia humana, y por ella se conoce ó es susceptible de ser conocido; es querer señalar las relaciones que ligan las ciencias unas con otras y fijar su orden de precedencia y dependencia, determinando por consiguiente, cómo el espíritu conoce y cuál es el origen de su saber; es, en fin, pretender dar una solución práctica al problema del conocimiento, que con tanta justicia parece hoy á los filósofos el primero de los problemas, ya que implícitamente abraza todos los demás que preocupan al entendimiento humano y excitan en él esa sed de investigación hacia lo trascendental y suprapercepcible.

Clasificar las ciencias no es, pues, una vana futileza, ni una simple ayuda de memoria, ni sólo un medio auxiliar de la Pedagogía para marcar el método que deba presidir en la enseñanza: no, una clasificación de las ciencias es mucho más que todo eso, aunque pueda tener entre sus ventajas secundarias todas las que acabamos de enumerar y quizá algunas otras. Una clasificación de las ciencias es, en compendio, la exposición de un sistema filosófico, ó cuando menos de su base, y forzosamente debe dejar comprender la escuela á que el autor de la clasificación pertenece, pues fijando el punto de partida psicológico y lógico del conocimiento, más que su origen pedagógico, tiene que revelar indirectamente el credo filosófico de quien la ha concebido. Si en ella, como en cualquiera otra especie de clasificación, debe apoyarse el clasificador en la semejanza que exista entre las ciencias que va á comprender en un grupo especial, el ordenamiento de cada una de ellas en el grupo, y del grupo mismo en todo el cuadro, es principalmente lo que constituye su importancia filosófica y lo que la diferencia de las clasificaciones de otra clase de objetos, pues que el fin, de éstas, es casi puramente mnemónico, y el de aquellas es, sobre todo intelectual.

Tales han sido las principales razones en que se apoyó el Lic. Manterola al tomar como punto de partida una clasificación de las ciencias, para bosquejar su sistema ecléctico de filosofía racionalista. Entre las clasificaciones conocidas, encontró que, según las opiniones filosóficas de sus autores, las unas se limitan únicamente al grupo de las ciencias positivas, desdeñando como quimérica toda investigación del orden metafísico, mientras otras, al contrario, no solo admiten una metafísica, sino que ésta forma el punto de partida de todos los demás conocimientos, y otras, en fin, apoyadas en el tradicionalismo religioso, comienzan por las creencias dogmáticas de una religión particular, para pasar después á la metafísica puramente racional, viniendo al último las ciencias empíricas.

El autor del "Ensayo" de que tratamos juzga

incompleto el primero de estos sistemas, porque excluye de la ciencia la metafísica; cree que el segundo peca contra el orden filosófico, pues aunque la admite, la coloca como base, cuando en concepto del autor del libro, debe ser resultado de las ciencias de observación; y á la tercera, en fin, además de ese mismo inconveniente, le señala otros varios, como el de confundir dos esferas que deben ser independientes una de otra, la de la religión y la de la ciencia, y tiene además que apoyarse en una revelación determinada, que no está reconocida por todo el género humano.

El Sr. Manterola cree en la legitimidad de las investigaciones sobre la esencia y origen de las cosas, y, por lo mismo acepta una metafísica; pero juzgando que no pueda pasarse á lo suprapercepti-ble, sino por intermedio del mundo físico, tal como nos lo revela la ciencia positiva, deduce de ahí que la metafísica, aunque principalmente racional, procede y tiene que derivarse de la ciencia positiva y como los datos de ésta se aumentan y aún modifican incesantemente, las consecuencias filosóficas que de ellos se infieran, deben también, ya ampliarse, ya sustituirse con otras nuevas y, en suma, experimentar también continuas modificaciones.

Si pues, el objeto de la metafísica es lo absoluto, el conocimiento que en cada uno de sus ramos podemos alcanzar, solo podrá ser relativo. Esta relatividad es la consecuencia del carácter subjetivo de la ciencia, pues el espíritu, sujeto del conocimien

to, conoce y deduce con arreglo á los medios que posee y al grado de su desenvolvimiento, y esos medios y ese desarrollo, no son absolutos sino antes bien relativos, al estado del individuo en cada período de su vida y al colectivo de la humanidad en cada una de sus diversas épocas.

Si el conocimiento fuera algo real, existente en un punto cualquiera del espacio, fuera de la inteligencia humana que conoce, la ciencia sería absoluta supuesto que sería también independiente del modo de ver y de juzgar individual ó colectivo; mas como toda ciencia en el sentido en que el Sr. Manterola la comprende y en el sentido en que puede ser sometida á una clasificación es obra de la inteligencia del hombre y reside en el espíritu, es claro que esa ciencia es esencialmente subjetiva y por lo mismo relativa, y no al contrario, como equivocadamente lo ha asentado en el segundo de sus artículos uno de los más ilustrados críticos del libro de que nos ocupamos, el Sr. Dr. Porfirio Parra, pues dice que el Sr. Manterola de la relatividad del conocimiento deduce su subjetividad, siendo precisamente lo contrario lo que aquel establece en la primera de sus notas (pág. 73).

Diremos de paso que el mismo autor, en la propia nota y en otros varios pasajes de su libro, afirma de un modo terminante, como el Sr. Parra, el doble carácter subjetivo y objetivo del conocimiento, si bien en la página 300 explica más por completo, cómo entiende esa dualidad, aceptando plena-

mente el parecer de M. Tiberghien que sin duda será también aceptado por todo el que medite un poco en el asunto. Según este filósofo, el conocimiento es un hecho subjetivo, mientras la verdad es un principio objetivo; siendo esta última absoluta, inmutable, eterna y necesaria, á la vez que el primero es relativo, variable, temporal y contingente.

Establecido como punto de partida de su credo filosófico, el carácter relativo y subjetivo del conocimiento en todos sus órdenes, el autor del "Ensayo" se separa de otros clasificadores que, admitiendo una metafísica como ciencia de lo absoluto, tienden á considerar también, la ciencia misma como absoluta, haciendo una lamentable confusión entre el sujeto y el objeto del conocimiento.

Es evidente que así para asentar los fundamentos de esa clasificación, como para analizar los de otras que ha tenido á la vista el autor de la obra, se ha visto precisado á tocar en ella, directa ó incidentalmente, graves é interesantes cuestiones del orden filosófico; revelando esto, una vez más, la estrecha relación que según el autor, existe entre una clasificación de las ciencias y los difíciles problemas que agita la Filosofía.

III

("La Epoca," Tomo I, Núm. 291.)

Toda clasificación y, más aún la de las ciencias, tiene algo de artificial y subjetivo, pues, aunque el entendimiento cree ver las cosas y sus relaciones ta-

les como son en realidad, no se puede asegurar que, en todos los casos, los juicios del entendimiento correspondan á una verdad incontrovertible.

Sin embargo, la tendencia de los clasificadores de objetos naturales, es siempre fijar las relaciones de éstos, objetiva y no subjetivamente, mientras que cuando se trata de clasificar las ciencias, no es posible prescindir por completo del espíritu sujeto de ellas, teniendo por eso la mayor parte de las clasificaciones de esta especie, mucho de subjetivo, aún sin advertirlo sus autores, si bien es posible considerar predominante en el caso, ya el sujeto ya el objeto de la clasificación.

El autor de la obra de que tratamos, separándose en esto de todos los clasificadores, ensayó una doble clasificación, cuya base es subjetiva en las divisiones marcadas en su cuadro, en sentido horizontal y objetiva en las que siguen la dirección vertical.

Este doble punto de vista que, por razón del fin es subjetivo y considera los conocimientos como *abstractos*, *concretos* y *prácticos*, comprende objetivamente los mismos conocimientos bajo los nombres de *ciencias de relaciones*, *ciencias de fenómenos* y *ciencias de orígenes* ó *causas*. Para justificar esta segunda forma de división, que es la característica del sistema seguido en el libro, hay que tener presente que, en sus investigaciones, el espíritu pretende llegar al *cómo* ó el *por qué* de las cosas. El *cómo* lo constituye el hecho mismo y sus relaciones más inmediatas con otros fenómenos, determinándose en consecuencia,